



CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS ARTURO USLAR PIETRI
FOROS DE LITERATURA

FORO:

SÁNDOR MÁRAI, EL ORDEN Y LA NOSTALGIA

POR EL CENTRO EUROPEO

El Centro de Estudios Latinoamericanos Arturo Uslar Pietri -CELAUP-
de la Universidad Metropolitana invita al

FORO DE LITERATURA
Sándor Márai,
el orden y la nostalgia por lo centroeuropeo



Lunes 10 de febrero de 2014
Auditorio Manoa del CELAUP
8:45 a.m.

Participantes:
Gisela Cappellin,
escritora
Clara Machado,
promotora de lectura
Ana María Rajkay,
profesora de la Universidad Simón Bolívar

Moderador:
Karl Krispin,
escritor, profesor de la UNIMET

Départamento
de Humanidades

UNIVERSIDAD
METROPOLITANA
www.unimet.edu.ve

“Sándor Márai, el orden y nostalgia por lo centroeuropeo”

Lunes 10 de febrero de 2014, 8:45 AM, auditorio Manoa

Invitados: Ana María Rajkai, profesora de la Universidad Simón Bolívar, la escritora Gisela Cappellin y la promotora de lectura, Clara Machado.

Moderador: Karl Krispin

CLARA MACHADO

Decía Octavio Paz que “los grandes libros, los libros necesarios son aquellos que logran responder a las preguntas que oscuramente y sin formularlas del todo, se hace el resto de los hombres”. Este planteamiento es sin duda una buena base para aproximarnos

a un libro, pero sobre todo para explorar un autor y su obra. Quienes venimos de una educación tradicional en la que se promueve el pensamiento vertical, es decir, en que dos premisas nos llevan a una conclusión y no debemos buscar más allá, quizás veamos al libro como un objeto absoluto que nos trae planteamientos definidos y respuestas concretas. Sin embargo, el libro, la obra literaria y poética, se diferencia de las demás formas de las bellas artes en que en vez de resolver un problema, lo plantea. En este aspecto el libro, determinado tipo de libro, se separa del resto. El valor del libro es lo que éste hace del lector, cómo nos invita a la experiencia de lectura. No debemos olvidar que la lectura es ante todo un acto creativo, no un acto pasivo, y que la calidad de un libro, más allá del valor que tenga como entretenimiento, que si bien es un aspecto que en algunas esferas intelectuales devalúa en el libro, cosa con la que no estoy de acuerdo, no debe ser exclusivo; además de un componente de argumento y trama, que busca seducir; además de formar al lector a través de la reflexión y de ayudarlo a crear su propio universo a través de la lectura. Es entonces cuando estamos frente a un gran libro. La calidad de un libro no es una característica inherente al libro, sino que depende del lector y su disposición como creador. Debemos entender al libro y la obra general de un autor como algo vivo, cuya cristalización como obra de arte depende de la aproximación que le lector tiene a la lectura.

La calidad de una obra literaria depende no sólo de la capacidad narrativa del autor, sino de cómo utiliza los recursos narrativos para explotar al lector. Del mismo modo, al libro estar vivo, la calidad de la obra depende, de igual manera, de cómo el lector utiliza sus recursos analíticos e intelectuales, así como sus propias experiencias, para que la obra se abra, florezca y rinda todos los frutos, incluso aquellos que tal vez el mismo escritor, envuelto en su acto de creación, no visualizó en un primer momento. Hay autores cuya obra nos presentan un verdadero universo. Un mundo ficticio que no logra divorciarse del todo del mundo real. La frontera entre imaginación y realidad se hace cada más delgada a medida que la obra va avanzando y va profundizando.

Es entonces cuando frente a la obra de un autor, debemos preguntarnos, ¿Cuál es nuestra posición como lectores? ¿Cómo nos invita a aproximarnos a ella? O lo que es más, ¿Qué busca de nosotros como lectores el narrador? Frente a estas preguntas es que podemos acercarnos a la cuestión de la calidad de un autor, no sólo como narrador, sino como pensador. ¿Cuáles son sus planteamientos frente al mundo, la vida y el ser humano? ¿Son absolutos? O más bien está buscando que el lector saque sus propias conclusiones. Mientras un autor busque más complicidad de sus lectores, más profunda es su obra. Sin duda alguna es el caso de Sándor Márai.

Un próximo paso en la apreciación de un autor vendría siendo la clasificación de su obra dentro un género. Ciertamente es algo que tanto a los historiadores de arte como a otros profesionales de las letras les anima, tanto que las clasificaciones ayudan a ordenar no sólo los catálogos y las bibliotecas, sino a veces, para ciertas formas de pensamiento y desarrollo cognitivo, ayuda tener una clasificación. Con la obra de Sándor Márai, como suele ocurrir con este tipo de autores excepcionales, no es sencillo clasificar su obra. En una primera mirada pareciera sencillo clasificar sus obras como novelas y como literatura de ficción. Sin embargo, a medida que uno se va a adentrando en el universo de Sándor

Márai, uno va entendiendo que su espectro es mucho más amplio. Este autor roza los linderos de otros géneros, como el ensayo y la historia, incluso en muchos casos se sumerge en él cuando su prosa se abre a la poesía.

En este último aspecto Sándor Márai viola lo que para muchos críticos es una regla de la narrativa, ya que a veces su trabajo no es sucinto, incluso, en una primera aproximación. Sin embargo, a pesar de que en muchos aspectos es reiterativo, cada una de las palabras que utiliza Sándor Márai en la elaboración de sus argumentos está medida, tiene un motivo, un propósito, y forman parte de una estructura que es vital para la progresión narrativa de sus obras.

Otro aspecto de la obra de Sándor Márai es como utiliza lo que podríamos llamar personajes, en cierta forma, ordinarios: hombres y mujeres cuya presencia en el mundo podría incluso mostrarse insignificante, y cuyas vidas se rigen bajo los fundamentos que rigen cualquier vida. Es un primer paso para marcar la universalidad de su obra. Es decir, que la obra de Sándor Márai, en este aspecto, es una obra espejo, una obra en la que el lector se ve reflejado desde el comienzo. Es entonces, luego de esta conexión con el lector, que en general las obras de Márai se desdoblán, logrando así convertirse en libros ventana, es decir, aquel se abre al mundo y nos lo muestra.

Sándor Márai además nos deja en su obra muestras de lo que significó para él haber pertenecido a la generación que vio la transformación de Europa, que en cierta forma fue la transformación del mundo a través de las Guerras Mundiales y de la avanzada comunista en Europa Central. La Europa de las patrias que constantemente eran arrancadas de sus cimientos para ser repartidas entre imperios en tratados que firmaban las potencias europeas a fin de buscar un equilibrio de paz que, en cierta forma, borraba la identidad de estas naciones. Sin embargo, el desarraigo, a pesar de lo traumático de estas experiencias, no se dio en sus ciudadanos, quienes al contrario lucharon con fuerza por mantener lo poco que les quedaba dentro de la decadencia de la humanidad, de la cual fueron testigos, y se aferraron a ella.

Desde el punto de vista narrativo, una de las cosas que Márai utilizó de forma magistral fue la tensión. Ciertamente sus novelas no pueden caracterizarse como novelas de acción; sin embargo, Márai deja claro que el drama psicológico puede estar tan cargado de tensión como la novela de acción. El caso de los grandes narradores que nos presentan novelas de formación, en las que como lectores somos testigos de personajes redondos que realizan viajes largos y profundos en los que se transforman y cambian su perspectiva no sólo de sí mismos, sino de la vida, y que nos llevan de la mano. Es el caso de *La mujer justa* y de *El último encuentro*, novelas en las que vamos viendo la transformación de los personajes, la cual está plasmada de forma tan sutil que se puede hacer a veces imperceptible.

Así mismo Sándor Márai nos presenta obras cargadas de simbolismo. En los elementos de la descripción de la cotidianidad y la vida diaria de sus personajes, hay elementos que aluden no sólo a sus preocupaciones frente a la clase burguesa y su papel

en la sociedad, la diferencia de clases, así como los roles del hombre y la mujer en la pareja y en la sociedad en general, sino que además buscan crear un contexto de reflexión a través de lo poético. El uso de texturas, de colores, incluso de olores, le da a sus obras una dimensión más, y por ende la experiencia de lectura es completa.

No quisiera cerrar sin antes resaltar una vez más, desde la promoción de la lectura, que la obra de Sándor Márai es de extrema delicadeza narrativa, de ejemplo como uso de los recursos para crear tensión a través de tramas cotidianas, y por qué no, extremadamente interesante, ya que nos lleva a través de un gran abanico de temas, como la pasión, la amistad, la fidelidad, la nacionalidad, la guerra, la razón, la muerte, las raíces, la permanencia, el silencio, la cobardía, el resentimiento, la verdad, la realidad, pero sobre todo que busca animar al lector a responder, a través del libro, ¿Cuál es el sentido de la vida? ¿Qué es la realidad? ¿Qué significa?

Nos lleva a pensar en las respuestas a las preguntas que nos hacemos todos y cada uno de nosotros como seres humanos cuando intentamos ubicar nuestro lugar frente a nuestros seres queridos, y en el mundo. ¿Tiene un sentido la vida? Yo diría que sí. Yo diría que tenemos mucho más poder del que creemos, y que la fuerza que tenemos como individuos muchos la desconocen, pero es la obra de autores como éste lo que nos ayuda a descubrirla. Mucha gente piensa que un buen lector es alguien disciplinado. Sí. No vamos a restarle importancia a la disciplina, sin embargo un lector, antes que nada, debe ser valiente.

GISELA CAPPELLIN

Novelas, relatos, poemas, libros de viaje, obras de teatro, crónicas periodísticas, diarios y memorias; cientos de textos escritos por Sándor Márai, publicados algunos en su tierra natal, otros durante su emigración, el resto, ediciones póstumas. Resulta un reto la posibilidad de recorrer con el pensamiento una obra tan extensa como la de este notable maestro húngaro, de nombre auténtico Sándor Grosschmied, que nació el 11 de abril de 1900, en Kassa, una pequeña ciudad húngara que hoy en día pertenece a Eslovaquia.

Para describir la sensación que esta tarea me produce haré uso de unas palabras del propio autor: “La vida es materia sospechosa para un escritor, que sólo puede emplear algunos detalles, seleccionados con sumo cuidado y muy bien preparados.”

Pensar es un ejercicio interesante. Escoger un tema y desarrollarlo, elucubrando con la mente las diferentes posibilidades, es como un deporte en el que se surcan los cielos, como practicar *kite* o volar ultraligero... Así concibo flotar entre las ideas que ha dejado, para su posteridad, un escritor. En el caso del maestro húngaro los cielos son extensos, como comencé diciendo, pero también profundos: de alguna manera, en ellos, se roza el nadir. La trayectoria de su lectura nos brinda no momentos apacibles en la cercanía de las nubes pasajeras, sino vertiginosos entre las cargadas tormentas de la infinita bóveda humana. Con un enfoque psicológico e incisivo de los personajes, sus letras nos sumergen

en los intensos estratos de la soledad. En sus diarios y confesiones habla de traumas, tristezas, pánicos, internados, enfermedades, muerte. En la mayoría de sus obras nos muestra una gama extensa de los diversos personajes de la sociedad, recalcando las sutiles diferencias entre un escalafón y otro, con una penetración asombrosa.

Un periódico regional italiano, el **Messaggero Veneto** describe acertadamente a Márai como un " Agudo psicólogo del tormento ineludible".

La naturaleza trabaja con un derroche enorme: sólo en el cerebro humano hay seiscientos mil millones de células ¿Qué importa pues una sensación oculta, una emoción inconsciente? A veces me parece que no importa mucho. Otras pienso que todo depende de eso. (Sándor Márai)

¿Sería en esos momentos en que sus sensaciones ocultas recobraban importancia más allá del resto del universo? ¿El peso de esos instantes, en que percibía que todo dependía de su mente, lo llevaría a apresurar su muerte?

Al igual que Ernest Hemingway, Emilio Salgari y Virginia Woolf, Sándor Márai voluntariamente interrumpió su vida. "Estoy esperando el llamamiento a filas; no me doy prisa, pero tampoco quiero aplazar nada por culpa de mis dudas. Ha llegado la hora". Escasas semanas después de estas anotaciones, Márai se quita la vida con un disparo y da fin a esa mente que taladraba los intrincados caminos del pensamiento. Sintiendo consumido, acabado, en las noches se dedicaba a la lectura de Fust, Thibault, Boswell, Cervantes, Voltaire.

"El cariño me sentaría bien, pero ya no confío en nadie". Aislado de su tierra, sin el calor de los seres que no olvidaba, sufre por las bajas temperaturas. Escribe en su diario: "Hielo, ventisca. En California este clima es un intruso, un mocoso que se presenta sin avisar en casa de una familia burguesa de buenas costumbres y se comporta como un completo grosero, lanza escupitajos a la alfombra y suelta tacos". Una genial habilidad para ilustrar a través de la palabra lo poco a gusto que se sentía alejado de sus costumbres. Siendo una persona capaz de percibir los fluidos humanos, de estar al tanto de la más mínima sutileza, es posible imaginar su sufrimiento en el exilio. En enero de 1985, un periodista de New York le ofrece una "entrevista póstuma" y el escritor describe la oferta como "cortés y discreta", considerando que se publicará para cuando haya pasado a "mejor vida". Esa sensación fatalista, de anticipación a la muerte, ¿Ocasionaría sus pánicos infantiles?, y en sus temores juveniles, ¿Percibía acaso el inevitable destino? Anteriormente, en 1939, cuando todavía era joven, en una de sus novelas escribe "El hecho de que sea capaz de esperar a la muerte con tranquilidad, quizás se deba a que el tiempo no me ha perdonado".

El escritor se inició en las letras como periodista y sus primeros trabajos fueron publicados en alemán. "La patria de un escritor es la lengua materna", dijo en una ocasión dando a entender que una semilla germina en el alma con las letras. La obra de Sándor Márai, a pesar de haber sido concebidas en húngaro (una lengua con diecisiete declinaciones), las versiones al español, hechas por diversos traductores, resultan

absolutamente íntimas. La empatía con sus personajes llega a inspirar afecto. Pocos autores se adentran tan profundamente en las reflexiones humanas como Sándor Márai. De alguna manera hacemos sus historias nuestras, y surge una competencia tácita cada vez que se menciona este escritor, una especie de duelo se plantea cuando aparece su nombre en una conversación y cada quien hace referencia a su libro favorito. Muchos elogian, sin dudas ni escrúpulos, *El último encuentro*, y los comentarios que encontré publicados sobre este texto coinciden en catalogarlo como una obra maestra. Con cuidadoso lenguaje, la descripción preciosista de una vida privilegiada, al ritmo pausado de la vejez cansada y temerosa de la vida burguesa, crea un relato donde reúne temas que se encuentran en otros libros de Márai: la lealtad, los amores infinitos, las creencias, las normas sociales. Dos de sus obras escritas previamente dejan verlo: En *La amante de Bolzano* aparece la figura del triángulo amoroso, dos hombres y una mujer, que culmina igualmente en un duelo verbal; en *La herencia de Eszter* destaca el amor imposible en los límites de una propiedad privada, que también le da un carácter teatral con la misma prosa depurada y precisa. Igualmente, en *Divorcio en Buda* una confesión entre dos hombres lleva toda la noche. Y En *La mujer justa*, nuevamente una historia de tres personajes involucrados en una situación amorosa (esta vez dos mujeres de opuestos orígenes sociales y un hombre de vida burguesa), donde el escritor logra que cada personaje narre, desde su punto de vista, un mismo hecho, y en la que las voces en primera persona convierten al lector en un interlocutor partícipe.

Entre los escritos de Márai hay una novela catalogada como singular, llamada *Liberación*. Escrita un poco después del sitio de Budapest, que tuvo lugar en la ciudad húngara cuando esta fue capturada por el Ejército Rojo entre el otoño de 1944 y febrero de 1945. Hungría era último aliado que le quedaba a la Alemania Nazi, su posición protegía las regiones meridionales del *Reich* alemán y sus últimas reservas petrolíferas. Al poderoso Ejército soviético se oponían tropas élites alemanas y fuerzas húngaras. En el conjunto de los enfrentamientos de la Segunda Guerra Mundial, en términos de bajas, la también llamada Batalla de Budapest se considera una de las más sangrientas, comparable con la de Stalingrado. En *Liberación*, Márai narra los días previos a la Navidad de 1944 en Budapest, la devastación moral causada por la guerra en un tono premonitorio y sin albergar ninguna ilusión sobre la nueva época que se iniciaba en su país con la llegada de las tropas rusas. En 1948 con la instauración del régimen comunista, Sándor Márai abandonó definitivamente Hungría y emigró a Estados Unidos. En estos crudos textos podemos leer:

El pánico, la intimidación, un parte de guerra falso, rumores sobre "armas secretas", alguna mentira absurda y desorbitada habían asustado a la gente, y el mismo que el día anterior se había apresurado a ofrecer su casa, se encerraba pasmado, tartamudeaba turbado, no volvía a contestar el teléfono ni a abrir la puerta a la conocida contraseña.

La importancia de la obra de Sándor Márai, en su compendio, es tazar la vivencia y el desenlace de una guerra desastrosa vista desde una intelectualidad sensible que, viniendo de la burguesía, clase intencionalmente exterminada, pudo describir con meticulosidad su desaparición, con la posibilidad de reflexionar los errores que llevaron a

esa situación.

"La mayoría se limitó a mirar y tolerar lo que sucedía, sumida en una impotencia fría y sonámbula".

Su obra fue prohibida en Hungría y posteriormente estuvo varios decenios en el olvido. Hace cerca de diez años fue rescatada por la editorial italiana Adelphi y ocupó el primer lugar en las listas de libros más vendidos del mundo durante un largo tiempo.

Con motivo del centenario de la Estatua de la Libertad, en su diario escribió:

Como todos los emigrantes, nosotros también experimentamos el momento de ver por primera vez la figura femenina con la antorcha encendida... no recuerdo que entonces la noción de libertad hiciera mella en mí. Durante estas tres décadas y media nos han pasado muchas cosas, pero para mí la mayor satisfacción ha sido poder escribir sin autocensura durante toda una generación.

Sándor Márai muere en 1989 en San Diego, California, pocos meses antes de la caída del muro de Berlín.

Para finalizar mi intervención en el foro "Sándor Márai, el orden y la nostalgia por lo centro europeo", tras la lectura de varias de las obras y de la vida este autor, me gustaría añadir mi visión personal.

La *Real Academia Española* define nostalgia como "pena de verse ausente de la Patria o de los deudos o amigos.... Nostalgia: tristeza melancólica originada por una dicha perdida."

Márai sufrió el dolor de ver a Budapest, la mayor ciudad de su país, sirviendo de escenario sangriento a una guerra espantosa y cruel. Además, posteriormente, vivió la pena de verse alejado de su tierra, de sus costumbres y afectos.

Creo que el exilio es una prueba difícil, el desarraigo una tortura imposible de soportar. "El exilio es un viaje sin retorno" escribe Marina Gasparini en su ensayo que acompaña una recopilación de poesía latinoamericana del siglo XX sobre este tema, publicado por la Sociedad de Amigos de la Cultura. Nuestra Yolanda Pantin en este libro nos dice: "Ustedes perdieron un país dentro de ustedes."

Estoy consciente de que vivo en un país lleno de dificultades, pero en mi caso no quisiera vivir en ningún otro lugar. Aquí me he acostumbrado a tener relaciones de amistad o de trabajo a través de generaciones; en este lugar me he habituado a que de vez en cuando aparezca algún pariente que no conocía; me agrada que con frecuencia me saluden los amigos de mis hijos y que en las conversaciones, ocasionalmente, alguien recuerde a mis fallecidos padres. Me nutre el trópico, el vuelo de sus pájaros, el escándalo de su flora.

Estudiar la vida del escritor Sándor Márai me ha llevado a reconocer que a lo largo de la historia la humanidad ha estado sometida a la corrupción y a la mortalidad; siempre han habido muertes, guerras, injusticias y gobiernos terribles.

Dice un personaje en una de las novelas del maestro húngaro: "Es probable que muchas cosas sean muy distintas... y naturalmente muchas cosas seguirán siendo como antes. ¿Por qué?... Porque somos seres humanos".

Tuve la fantasía de contarle a Sándor Márai que, sin embargo, algunas cosas han cambiado. Podría decirle que actualmente hay alivio para muchas de las enfermedades que él vio padecer. Me gustaría contarle que hay medicamentos y organizaciones mundiales para ayudar al ser humano cuando está decaído, aunque nada es mejor que el cálido abrazo de un amigo o deleitarse con la sonora risa de un niño, encandilar la vista con flores, o absorber a plenitud la brisa fresca del mar; y, aunque Hungría no tiene litoral, pienso que quizás las últimas tardes del maestro húngaro hubiesen sido diferentes si hubiera podido disfrutar de cálidos veranos a orillas de las aguas serenas del Lago Balaton.

Quisiera hablarle a Sándor Márai de su Budapest en la actualidad. Decirle que vi en unas fotografías, tomadas por una amiga y su hijo adolescente que recientemente viajaron a esa ciudad, imágenes maravillosas: paisajes llenos de la luz diáfana que allí, en su clima continental, me dijeron luce con frecuencia. Observé los antiguos y bellamente labrados faroles del alumbrado público, contrastando con los relucientes y recién estrenados vagones subterráneos para el transporte colectivo. Vi mercados llenos de delicados bordados y coloridas artesanías.

Me gustaría que supiera que los que resistieron en su tierra a pesar de las dificultades se encargaron de mantener sus tradiciones y perseveraron en sus hábitos y costumbres. Deseo que pudiera ver cómo en las noches brilla sobre el Danubio el reflejo de las luces con que iluminan los puentes y el majestuoso edificio del Parlamento, el cual él no conoció pero que comenzaron a construir cuatro años antes de su muerte.

Me hubiese gustado decirle que el hijo de mi amiga le dijo a su mami que en Budapest los viejos son tristes, pero los jóvenes se ven alegres.

ANA MARÍA RAJKAY BABÓ

Estimados amigos amantes de la literatura, de la historia, de los húngaros y/o específicamente de Sándor Márai.

Quisiera poder decir que estoy aquí por la amable invitación del profesor Karl Krispin, a quien me unen sentimientos de afecto de larga data, ya que fue uno de los primeros alumnos de mi vida. Pero eso sólo sería una parte de la verdad. A pesar de ello, le doy mis sinceras gracias por esta increíble oportunidad y le felicito por la iniciativa de honrar a Márai

Sándor. Tampoco sería completamente honesto si dijera que mi presencia se debe a una especie de deuda nostálgica que tengo con la Universidad Metropolitana, por ser mi *alma mater*, ahora ampliada por mis antiguos sentimientos de amistad hacia su Rector actual, el profesor Benjamín Scharifker, apreciado colega de hace muchos años de la Universidad Simón Bolívar. Y mucho menos aún puedo afirmar que es por ser una especialista del tema de la obra de este autor, ni siquiera de la literatura húngara, porque no lo soy. Lo cierto es que estoy aquí por una emoción que me embargó cuando mi hermana, Catalina Mayer, artista plástica y profesora de arte, quien vive en Alemania, me regañó por no haber aceptado al principio la invitación de Karl. La intensidad de su opinión nació de su amor por la buena lectura. Su respuesta fue: “Yo soy una gran fan de Márai, porque este hombre convirtió sus recuerdos en literatura, y porque su *Heimweh* (nostalgia por la patria) no se manifestó lloriqueando por el pasado, sino que convirtió sus recuerdos en una nueva vida.” Primero me avergoncé porque en realidad yo no conocía tanto a Márai. Había leído dos o tres de sus libros, algunos en húngaro, otro en español, pero sin profundizar, sin analizar, sin reflexionar demasiado. Ése fue el motivo de mi negativa al principio, no quería ser considerada por nadie como “especialista”. Eso no ha cambiado, pero quizás ahora ya me atreva a afirmar que estoy un poco mejor informada. Sin embargo, más que la vergüenza o el regaño, lo que me hizo reaccionar fue la referencia a la nostalgia por la patria y su opinión acerca de la manera en que el autor la manejaba; yo no lo había percibido así en mis lecturas. Por la curiosidad, me dejé enganchar por el reto de la duda. Unos minutos después de leer ese correo electrónico recibí la llamada personal de Karl Krispin tratando de bajar el volumen de mis preocupaciones. No sé si se sorprendería de la rapidez con la cual le contesté afirmativamente. Le dije que me centraría en lo que yo denominé la “hungaridad” de Márai y su “universalidad”. Le gustó y heme aquí. Muchas gracias, nuevamente. No obstante, mi agenda ha variado un poco: me centraré en el concepto ampliamente entendido del exilio, que considero lo fundamental en su obra, y sumamente interesante por la manera polifacética en que lo maneja, y desde ahí trataré de evaluar su “hungaridad” y su “universalidad”. Pienso, que esa experiencia es sumamente pertinente en estos momentos históricos que estamos viviendo en Venezuela.

Importante es mencionar desde el principio que con la excepción de una obra de teatro y de cierto trabajo periodístico desarrollado en el idioma alemán durante su permanencia en Alemania en los años de su preparación como escritor, el resto de su obra fue escrita en húngaro, aun viviendo en los Estados Unidos de Norteamérica y llegando a ser ciudadano norteamericano.

El húngaro no se parece completamente a ninguno de los idiomas más conocidos. Se clasifica junto con el finés en un grupo denominado “aglutinantes”. No obstante, aparte del sonido general, no he encontrado ningún parecido entre el húngaro y el finés, ni se entiende nada del finés con ayuda del húngaro. Mi manera de describir mi lengua materna es que se parece al juego de construcción *Lego*: se arma a partir de la combinación de raíces, prefijos y sufijos; también lo domina una dinámica combinación de los sonidos de sus catorce vocales, que obedecen a algo llamado la armonía de las vocales. Pero lo más

llamativo es su lógica. Las posibles combinaciones de las piezas permiten, de manera muy sucinta, la expresión precisa de infinitos conceptos y sus relaciones. Con palabras, con breves frases como si fueran pinceladas, se puede significar todo un ambiente. Naturalmente, ello también se refleja en la manera de percibir el mundo y de relacionarse con él. Ése creo que es uno de los atractivos del estilo literario de Márai. Es tan intensa la “hungaridad” de su lenguaje que aún en las traducciones se reconoce, probablemente interpretándose como muestras de su gran creatividad literaria; de hecho a veces incluso al costo de la calidad estilística del idioma al cual se le ha traducido. El húngaro se vuelve su refugio al sentirse un exilado del resto del mundo. Ningún idioma le sirve tan bien como su lengua materna para expresar la inmensidad de sus sentimientos, ni para describir el impacto de las inverosímiles experiencias que le tocó vivir: dos guerras mundiales y el vaivén de las esperanzas y de las desilusiones.

Márai Sándor nace en el año 1900 en el seno de una familia arraigada durante muchas generaciones en Kassa, ciudad húngara muy importante del Reino húngaro, fundada en el siglo XIII, y que durante más de 600 años es húngara y participa activamente con energía en los eventos históricos de Hungría. Sin embargo, debido a los acuerdos de Trianon, en 1920, al finalizar la I Guerra Mundial, es cedida a Checoslovaquia. En 1938, apenas 18 años más tarde y un año antes de desatarse la II Guerra Mundial, se le devuelve a Hungría; pero al ser ocupada en enero de 1945, sólo siete años después, por el ejército soviético debido a los acuerdos de París al terminar la II Guerra Mundial, nuevamente se le arrebató a Hungría. Hoy en día, desde hace 69 años, queda en los espacios que ocupa Eslovaquia, y lleva por nombre Košice. Quizás valga la pena mencionar en este punto que la Hungría territorial de hoy es apenas una tercera parte de la que era antes. Acerca del destino de los húngaros atrapados en esa región, me permito citar a Kinga Dornacher:

En 1919, el 75,4% de la población se declara de lengua materna húngara, 14,8% eslovaca y el 7,2% alemana. En 2001, 89% de sus 236,093 habitantes se declaran eslovacos, 3,8% húngaros, 2,1% gitanos y 1,2% checos. Los “decretos de Kassa” promulgados por el presidente Beneš a lo largo del año 1945 hacen la villa tristemente célebre: efectivamente, estas leyes declaran a las poblaciones alemanas y húngaras que viven en territorio eslovaco como colectivamente culpables, las privan de nacionalidad (y por lo tanto de jubilación y otro tipo de prestaciones), les retiran el derecho a trabajar como funcionarios públicos y luego en tanto a empleados del sector privado, congelan sus cuentas de ahorro en los bancos, prohíben el uso de las lenguas húngara y alemana en la vida pública, excluyen de oficio a los estudiantes húngaros y alemanes de la universidad, desmantelan las sociedades culturales, convierten en posible la confiscación de las tierras y de los bienes de los propietarios húngaros y alemanes, y su deportación o su expatriación forzada a Hungría o Alemania. Cerca de 400.000 húngaros (destinados por el gobierno de Beneš a ser expatriados a Hungría) se quedan en territorio checoslovaco después de la firma, a principios de 1947, de la paz de París: esta población es destinada a una política calculada de diseminación y asimilación forzada, política cuya puesta en ejecución se ve impedida por la

toma del poder por los comunistas. Las leyes Beneš no han sido derogadas durante la disolución de Checoslovaquia y su espíritu continúa vivo, como lo prueba la entrada en vigor el 1 de septiembre del 2009 de la ley que prohíbe la utilización de la lengua húngara en medios oficiales (lo que incluye igualmente una visita médica) – incluso si los dos sujetos son de lengua materna húngara, con multa de 100 a 5.000 euros de pago inmediato.

O sea, Márai, quien ama a su ciudad natal, es testigo obligado, durante su vida, de su amargo destino, que incluye la prohibición del uso de su querida lengua familiar. No es difícil ver que considerándose húngaro, se sintiera por ratos un exilado aún en su propia ciudad, Kassa. En su obra *Föld, föld!..* (Que literalmente significa: “¡Tierra, tierra...!” En inglés, *Memoir of Hungary; 1944-1948*) trata de entender a los eslavos, entre quienes ahora tiene que desenvolverse pero a quienes percibe como “diferentes”.

Pero se podría decir que su condición de alienación y rechazo ya se inició mucho antes, al descubrir su vocación de escritor, a la cual se entregó desde muy temprano, generando cambios de colegio y problemas con su familia, que era muy tradicional. Su padre y dos de sus tíos fueron juristas y estaba previsto también para él ese destino. Para evitar la vergüenza de sus padres, cuando apenas a los 17 años de edad empezó a publicar, lo hizo con seudónimo. Márai tampoco es su nombre real de familia, ése era Grosschmid, que muestra su origen sajón, aunque en su biografía se observa que se integraron totalmente a la sociedad húngara, puesto que los hombres de su familia desde tiempos inmemoriales se casaban con muchachas burguesas de familias húngaras distinguidas. De manera que, para poder salvar su propia individualidad, no le quedó otra cosa que huir hacia un mundo diferente que ya fuera creado por él mismo mediante la selección de un seudónimo y la escritura de historias, ya fuera geográficamente desplazándose a otro lugar. Esta condición inevitablemente contiene el ingrediente de la nostalgia por el mundo que se niega a aceptarlo como es, y por un mundo que quisiera que fuera diferente. El “ser o no ser” shakesperiano es una cuestión que se convierte en el pan nuestro de cada día para él. Ello a su vez le exige que reconozca, comprenda y defienda apasionadamente aquellos rasgos de sus orígenes con los cuales puede identificarse plenamente. Su libro *Füves Könyv (Libro de hojas de hierba, Budapest: Révai, 1943)*, una colección de epigramas en prosa, es un credo en ese sentido. En su obra se destaca, por ejemplo, su pertenencia a la burguesía, al orden tradicional de su sociedad. Discute las costumbres de esa clase social, describe los rituales, la manera de tratarse, el comportamiento exigido, las casas, las habitaciones, la decoración. Como ejemplo, en su libro *El último encuentro* (Barcelona: Ediciones Salamandra, 2003, pp. 85, 101. Original: *A gyertyák csonkig égnek*, que literalmente significa: “Las velas arden hasta consumirse”, 1942) describe con gran minuciosidad la manera en que está puesta la mesa, el significado y el porqué de cada objeto y su ubicación. Se comprende que, considerándose un desterrado, su nostalgia lo lleve a recrear su mundo mediante la escritura. En *Föld, föld!..* describe una escena interesante, que se da durante sus conversaciones con un oficial ruso, con quien durante una semana juega ajedrez en las noches:

En la primera noche, le dije que en la guerra los hombres se vuelven bestias, que algunos soldados húngaros se comportaron injustamente o bastante cruelmente en Voronozh, pero que no debía juzgar por ello a los húngaros, porque, como pueblo, ellos eran víctimas de terribles desgracias. Me escuchó con paciencia hasta que terminé; entonces, reflexionando, respondió lenta y pensativamente:

“Si,” dijo, “ustedes no son libres. Ahora tampoco serán libres”, dijo, levantando su dedo índice; más tarde, recordé estas palabras: “porque nosotros los rusos solamente podemos liberarnos a nosotros mismos. Y los húngaros, los búlgaros, y los rumanos también se pueden liberar a sí mismos.”

Dijo que era comunista y que odiaba a la burguesía. Le pregunté si yo era un burgués.

“No, Ud. no es un burgués,” dijo, “porque Ud. no vive a costa de la riqueza o el trabajo de otros sino gracias a su propio trabajo. Pero a pesar de ello sigue siendo un burgués” – y me miró con desdén a través del humo de su pipa— “porque Ud. tiene alma de burgués. Ud. se aferra a algo que ya no existe.”

(Nota: mi propia traducción del inglés. *Memoir of Hungary 1944-1948*, Budapest: Corvina, 1996. p. 93. Original: *Föld, föld! ...* 1972, Toronto: Stephen Vörösváry –Weller Publishing Co. Ltd.)

Mención especial merece el poema de título *Halotti beszéd (Obituari)*, que es su primer escrito generado como emigrante en 1951, en Possillipo, Italia. El poema comienza y luego termina con dos líneas tomadas directamente del texto más antiguo que se conoce escrito en húngaro: “Vean, compañeros míos, con vuestros ojos, lo que somos (...) Esto es lo que somos, polvo y ceniza”. Ese préstamo crea un vínculo con los orígenes históricos de la nación húngara, o sea, su espíritu se aferra a las raíces conocidas. Luego, el contenido, en vez de tratarse de alguien que habla del difunto, es la propia voz del muerto quien relata la desaparición paulatina de todo lo que tenía valor en su vida, hasta la pérdida de su lengua original. Para ilustrar mejor lo que sucede, el poema muestra una frecuente intertextualidad, incorporando trozos en inglés o usando frases prestadas de otros poetas húngaros. El muerto está en distintos países al mismo tiempo, resaltando así el carácter universal de lo que sucede. También alterna la primera persona en singular con la primera persona en plural. Yo... Nosotros. Ya no sólo es el destino de los húngaros que tuvieron que abandonar su patria, sino que se convierte en el de todos los desplazados de cualquier parte del mundo. Maneja el uso de “aquí” (*itt*) y “allá” (*ott*), destacándolo con letras cursivas para indicar que el lugar que ocupa el hablante al decir “aquí”, puede ser el lugar en donde se encuentre, pero no es “su” lugar, en contraposición al “allá” lejano, sin embargo, su hogar, aunque perdido. Usa en esta obra muchos otros instrumentos para expresar su desarraigo. Ha sido arrancado de su propia tierra.

A pesar de los múltiples ejemplos que podríamos analizar acerca del tema del exilado y sus vivencias, en este reducido espacio preferimos referirnos a otras aristas de esa experiencia, también exploradas por Márjai magistralmente. Una de ellas es la percepción de exiliado cuando los ejércitos vencedores invaden el país y se adueñan de todo: de los bienes materiales, por supuesto, primero que nada, pero también de las

personas, de sus sueños, del control de sus vidas. Es impactante cómo en el libro antes mencionado (*Föld, föld!..*) nos cuenta la impresión que le causó abrir los ojos en la mañana y verse con un soldado armado parado al lado de su cama con un fusil que lo apuntaba. De ahí en adelante, sus vidas transcurrirían invadidas por la Unión Soviética. Así se convertirían en exilados en sus propias casas.

Otra forma del exilio es definida por Márai, cuando relata la manera en que eran vistos los inmigrantes por quienes les otorgaban un nuevo hogar: convirtiendo a los recién llegados simplemente en los números de una nómina; escribiendo mal sus nombres, sin las diéresis que diferencian a las 14 vocales; sin reparar mucho en la tragedia personal que cada uno cargaba dentro de sí. Incluso comenta que a pesar de la gran generosidad y amabilidad de muchos, por ejemplo, en Italia, no sentía que la gente entendiese lo que le había pasado a estos inmigrantes que habían quedado exilados de su vida previa. En el otro lado de la moneda descubre una gran incompreensión hacia los exilados de parte de quienes se quedaron, que tampoco se pueden imaginar cómo se sienten ellos, e incluso resienten las condiciones aparentemente más favorables en las que se encuentran. En el libro arriba mencionado, *El último encuentro*, los dos amigos que conversan comparan el quedarse con el irse como maneras de resolver problemas. Ese planteamiento, que ahí parece estar únicamente relacionado con un triángulo amoroso, es sin embargo, una cuestión que cada individuo en algún momento tiene que hacerse, es una pregunta universal.

Por último, mencionaré todavía también otro punto de vista mencionado por Márai, que es el del exilio experimentado por los miembros del ejército invasor, que se encontraban lejos de su país, sus familias y su hogar. Esta capacidad de ponerse en el lugar del otro, particularmente cuando ese otro es el enemigo, es ciertamente sorprendente y está presente a lo largo de todos los escritos que he leído. Coincide con un comentario hecho por un taxista en Budapest en el año 1987, dos años antes de caer el muro de Berlín: “Detrás de esas murallas están esos pobres muchachos rusos.” “¿Por qué pobres?” – pregunté. “Pues imagínese” – respondió: “¡Estar tan lejos de su hogar, en un sitio en donde absolutamente nadie los quiere!” Parece que es una parte de la “hungaridad” ver así al enemigo.

El último exilio de Márai Sándor fue el de la muerte, para el cual se preparó, lo anunció y lo cumplió con sus propias manos, a los 89 años, lamentablemente sin poder vivir la caída del muro de Berlín y el desmoronamiento de la Unión Soviética.

A modo de conclusión puedo decir que a pesar de no haber leído todas las obras de este autor, su estilo y sus temas son tan consistentes que probablemente no cometa un error demasiado grave si afirmo que uno de sus temas centrales fue el exilio, ya que exploró este tema desde diversos puntos de vista, y no se limitó a su experiencia personal y la de su familia, sino que lo proyectó a todos los húngaros, y hasta hacia todos los desplazados de la orbe. Convirtió una experiencia histórica puntual en la expresión de un mundo de sentimientos, propia de la naturaleza humana universal, la necesidad de pertenecer a algún lugar.

Gracias.



